

## Geocultura y entrancia: algunas categorías del pensamiento de Rodolfo Kusch para leer la literatura argentina

Domingo Ighina  
Escuela de Letras, FFyH, UNC

### Literatura y geocultura

En “Acerca de lo que ya está” Jorge Torres Roggero (TORRES ROGGERO, 2002) toma de los cuentos de *Las Mil y Una Noches Argentinas* (1940) - libro de cuentos criollos maravillosos escritos por Juan Draghi Lucero- la expresión “negros reprofundos”. Torres identifica esta expresión, y lugar simbólico, con el espacio del “sentido profundo” de Bajtín donde reside “el sí.mismo, tanto de la unidad humana, como la totalidad humana” (TORRES ROGGERO, 2002). Esos “negros reprofundos”, siempre siguiendo a Torres Roggero, son lugares de encuentro con el otro donde se produce el sentido que está siendo de una comunidad. Veamos cómo este espacio oscuro de equilibrio y diálogo conflictivo puede dar cuenta de las configuraciones literarias de lo popular.

Draghi toma diversos relatos orales y letras de canciones populares y presenta relatos relativamente extensos que si bien no se alejan de los temas tradicionales –amor imposible, lucha contra el mal, viajes fantásticos- recuperan el modo de narrar del oeste del país y crean un lenguaje literario capaz de dar cuenta de una cultura móvil, alejada de toda momificación, pero igualmente distante de la lengua rioplatense, tanto la rural como la urbana, consolidadas como marca literaria argentina. Este libro de Draghi Lucero, publicado en pleno auge del nacionalismo literario del siglo XX, presenta una serie de elementos que vale la pena repasar para nuestra argumentación.

Predomina en los trece cuentos que componen el libro relatos un rasgo de por sí sugestivo: el protagonista es casi siempre un hijo que debe pagar la culpa del padre o alcanzar la libertad de éste, pero cuya tarea la cumple en soledad. Esta ausencia de la condición primitiva de la fraternidad, elemento primario de una comunidad, es correspondiente con la soledad que aqueja siempre al protagonista, que debe encarar por su cuenta la solución de los entuertos que se oponen a su felicidad. La ayuda, cuando la hay, proviene de Dios en forma de vagabundo o mendicante. ¿Por qué esa ausencia llamativa de comunidad?

No es rara esta situación en la literatura argentina. Las obras canónicas de ficción –*Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández, *Los siete locos-Los lanzallamas* (1930-1931) de Roberto Arlt, *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marechal, entre muchas- no presentan personajes hermanos o en comunidad, aunque exaltan, de modo incluso cínico en el caso de Arlt, la amistad como sustituto de la hermandad. Si se sigue el razonamiento de la tradición ensayística liberal, el individualismo es el núcleo de definición del argentino, por lo que su gesta y desgracia es llevada a cabo en soledad, como es su orden social: la suma de individuos que sólo la violencia y la ficticia comunidad de la ciudad agrupan. La lectura evidente del canon literario argentino es que el individualismo es la condición ontológica de los euro-americanos<sup>1</sup>. Sobre esa condición construye su cultura y su política, siempre renuente a la asociación de comunidad, porque el otro es siempre un desconocido incluso hostil.

---

<sup>1</sup> *El laberinto de la Soledad* (1950) de Octavio Paz y la narrativa del cubano Alejo Carpentier parecen coincidir en esta percepción de la “soledad” americana, en tanto que los “americanos” derivan fuera de la historia europea de modo angustioso.

Sin embargo en uno de los cuentos Draghi se ofrece una clave que puede dar por tierra la basta interpretación que se ha expuesto. En el cuento “El media res” el personaje ha sido comprado por el diablo al padre a cambio de alimentos permanentes. Cuando llega la hora de pagar el astuto protagonista logra que Jesús, con forma de modesto vagabundo andino, parta su cuerpo en dos, dando la parte trasera al demonio y dejando con vida la otra, a la que le da indicaciones para recuperar su unidad. El mozo media res atravesará entonces una cantidad de obstáculos para reintegrarse. Pero el comienzo de su redención se da a partir del descenso ad inferos, es decir a los “Negros reprofundos”. En los “negros reprofundos” el Media Res vence al diablo y negocia con él la restitución de la unidad, a cambio de beneficios para el demonio, lo que le permite al héroe seguir cumpliendo su misión. Así, es en esos reprofundos donde se alcanzan los valores que en la superficie no se manifiestan. Es en el enfrentamiento con el resultado de las acciones de los demás cuando el héroe logra descifrar que el otro opera con los mismos significados –el diablo se enamora, tiene madre o madrina, respeta la palabra- y de ese modo desestima un sistema binario de oposiciones inútiles aprendidas del uso y costumbre de la sociedad. El enemigo no siempre es un perverso absoluto, con él se puede dialogar, e incluso advertir que tiene una escala de valores similar. Si bien el conflicto no se elimina, se equilibra y el demonio, en este caso, si bien es el Mal, es un Mal que opera sobre ciertas reglas acordadas y que conserva un trasfondo común de valores. Curiosa caracterización del mal dialogante, pero que no hace otra cosa sino afirmar que la condición conflictiva de los antagonistas se desarma mediante el diálogo sobre un valor que en los cuentos es el amor. Tanto es así que el demonio es vencido por el amor a su madre y a su caballo y porque reconoce ese amor en su enemigo, el mocito Media Res u otros similares<sup>2</sup>. Gracias, entonces, a los negros reprofundos no hay oposición irreductible entre abajo y arriba, legalidad e ilegalidad, oscuridad y luz, bien y mal. Los negros reprofundos permiten un equilibrio donde se gana en salud, como diría Rodolfo Kusch. Si no se accede a esos reprofundos una parte del relato quedará mutilada y la abundancia de la diversidad cultural reducida tan pretenciosamente que quedará al borde la escasez –otra vez siguiendo a Torres Roggero-. El concepto que permite construir los “negros reprofundos” es el de geocultura y de allí los de comunidad y pueblo.

Los “negros reprofundos” no están alejados de lo que Kusch llamó “estética de lo tenebroso”. Esta estética es presentada en *Anotaciones para una estética de lo americano* (1955) como una superación del mero formalismo en el que incurrió la literatura argentina en tanto aceptó como única posibilidad la representación de la colonialidad cifrada en una ciudad y sus arrabales, apresada en la experiencia del destierro de la historia occidental. Así para Kusch la literatura de la colonialidad en lo que hoy llamamos Argentina no puede sino ser la modelización de la angustia de trazar una imitación impotente, en tanto vicaria y colonial, e individual y fantástica. La literatura argentina no puede asumir la posibilidad de una épica en tanto su centro es el individuo colonial de una nación colonial.

Una estética americana, en cambio, según Kusch, debería abandonar lo formal, en tanto fuga colonial, y asumir la literatura como creación de una comunidad aún incomprensible. De ahí la contundencia de la afirmación “el arte cierra así una parábola de ajuste porque es la transición de lo tenebroso hacia la luz” (KUSCH, 2007: 783): se trata del intento de representar aquello que no es tematizable y menos aún sujeto a las formas organizativas de una cultura pactada en el canon del homogéneo tiempo que se procura una nación moderna.

---

<sup>2</sup> Esto no implica un relativismo en los cuentos, puesto que el Diablo siempre regresa a su potente individualismo y soberbia. En ese sentido es el Demonio el que no alcanza el equilibrio, a diferencia de las formas divinas, que aceptan siempre un principio equilibrador.

Si no se alcanza a evitar la escisión entre literatura nacional –con su canon- y las geoculturas a partir de las cuales se vive la totalidad abierta de una comunidad en la historia, la literatura seguirá siendo la forma simbólica de la colonización pedagógica y su función, aún crítica en su angustia colonial, será la de presentar la imposibilidad de realidad, por muy confusa que esta aparezca. Se construye así, desde Kusch, una oposición entre literatura nacional y geocultura. Ahora bien, esta oposición no es de orden dialéctico sino más bien de una danza de reconfiguraciones significantes.

Rodolfo Kusch entendió por geocultura una categoría que apelmaza la cultura con el espacio, y mediante la cual un grupo reviste de significado su lugar y construye un baluarte de su existencia, desde donde dialoga con otras geoculturas. En todo caso la geocultura implica sujetos culturales siempre en construcción a partir de sus decisiones estratégicas producidas desde una situacionalidad. Así, no habría una esencia, una ontología nacional por ejemplo, o de otro modo un saber universal, sino un conocimiento corruptor de lo imperial, en tanto ese saber se forja en la experiencia de un grupo en un espacio que produce sentidos que dan cuenta de su transformación. No se trata de un saber telúrico, sino de un dinamismo no determinado por el devenir universalizante de occidente. La geocultura es el espacio como lugar de conocimiento. Implica la asunción de culturas surgidas por efecto de la experiencia imperial, pero que no son meros replicantes en tanto buscan el amparo y el equilibrio.

Epistemológicamente, cambiar el eje de discusión en torno a una cultura o culturas nacionales o latinoamericanas, hacia otro eje que hable de geoculturas americanas, exige considerar los contextos vitales y cotidianos donde el pensamiento y los rituales se dan, de modo tal que los sujetos americanos no occidentales, en tanto constructores del sentido del espacio, se convierten en gestores de un saber dialogante que configurará una imagen de sí situada, no ajena a la episteme imperial –que los atraviesa en tanto los margina o excluye-, pero no subalterna.

“El concepto de unidad geocultural lleva incluso a cuestionar filosóficamente la posibilidad de un saber absoluto al modo como lo propone el pensamiento occidental. [...] Si se logra fundar la observación de que todo pensamiento es naturalmente grávido y tiene su suelo, cabría ver en qué medida dicha gravidez crea distintas formas de pensamiento. Quizás se podría ampliar entonces todo lo que se refiere a una antropología del pensamiento en el sentido de no establecer ad hoc un pensamiento así llamado universal, sino de descubrir en la gravidez del pensar [...]” (KUSCH, 1978: 17)

La negación de la posibilidad de un saber universal, menos aún de uno imperial en tanto no puede destruirse la condición de pensar geoculturalmente, supone una corrosión de la ontología nacional en Argentina. Un corrosión que por eso mismo cuestiona los fundamentos políticos de la historia de occidente en América y abre la brecha del reconocimiento de sujetos otros, marginados o excluidos, heterogéneos en tanto geoculturales.

La geocultura presupone entonces una célula cambiante desde donde se construyen sentidos que permiten la intervención de una comunidad en la historia, no sólo en la “gran historia”, que para Kusch es la historia de la especie en la tierra, sino, en lo que nos interesa aquí, en la “pequeña historia”, es decir en la historia que una comunidad se da en el tiempo mensurado por los propios hombres, la historia en el sentido narrativo de los acontecimientos.

Esta dimensión, siempre leída por Kusch como un resultado del hacer de occidente, puede ser reducida al relato teleológico del progreso –resumido en el

preámbulo de la Constitución argentina, por ejemplo-, pero también la podemos entender como el diálogo incesante de los espacios geoculturales.

Dos vías nos permiten pensar así. La primera se deduce del hecho de que una geocultura americana está atravesada necesariamente por la presión que ejerce el relato occidental de esa misma pequeña historia. No puede ningún espacio geocultural ignorar, a riesgo de convertirse en un parque temático o museo, que la dinámica de las instituciones de poder también introduce elementos simbólicos que dan sentido a una comunidad. La idea de nación, como construcción de un estado, en la experiencia latinoamericana, se impone como un elemento finalmente apropiado por los sujetos geoculturales para dar sentido a su existencia. Una nación, en definitiva, no es sólo lo que Bartolomé Mitre y su grupo diseñaron para la Argentina, por caso, sino también un conjunto de significados seminalmente operativos para la elaboración de autoadscripciones identitarias. Una nación implica un relato fundacional que organiza no pocas prácticas y elabora interpretaciones del futuro de ese grupo. No es raro que una determinada geocultura interprete la nación desde su situacionalidad y se apropie hasta la transformación de conceptos creados para su estandarización. De este modo lo que fue diseñado como instrumento estabilizador de sentidos, a manera de un diccionario, se vuelva, contrariamente, en una operación incesante de balbuceos que sólo se comprenden si se evita la elipsis de “no estar ahí”. ¿Quién puede afirmar que categorías clasificatorias y ordenadoras como “nación”, “patria”, “país”, “América”, significan lo mismo para todo espacio geocultural americano, y por inclusión, argentino?

Otro tanto sucede con la institución “literatura”, usualmente pensada como la expresión y representación de estas categorías, incluso cuando las cuestione. Si pensamos que eso que se llama “literatura argentina” es una institución más del relato de la historia occidental en América, no puede menos que marcar, presionar, en las poéticas geoculturales, y viceversa. No se escribe desde una tradición ajena, sino haciendo una perspectiva otra dentro de la misma tradición occidental, marcada también por los espacios geoculturales. La conclusión esperable es que no hay, entonces tal “literatura argentina” sino la suma coherente de diversas formas geoculturales de la literatura.

Y esto último constituye la segunda vía: las instituciones estallan, por presión del suelo, diría Kusch, en múltiples relatos que sin embargo no escapan al intento de formar un relato coherente abarcador de la diversidad. El punto es que la diversidad, cuando es analizada, desaparece. Jorge Torres Roggero, siguiendo a Fayerabend, postula “la abundancia de la realidad como una estructura abierta que se puede modificar sin ser destruida”; en otras palabras la diversidad la construcción de un modelo, teoría o institución puede hacer desaparecer el sentido otorgado geoculturalmente a los hechos mediante una nueva combinación de palabras ya dichas. Un relato puede reducir la diversidad entonces, aún cuando postule reconocerla, y dar como resultado una institución insensible a la habladuría constante de la multitud de los sujetos geoculturales. Pero la abundancia sigue ahí, está, produciendo palabras ambiguas, por lo tanto posibilidades de cambio.

Y la literatura es el instrumento privilegiado para recoger esas habladurías ambiguas. El mismo hecho de fijarlas en el sistema de una literatura nacional opera como una reducción de la diversidad, pero también esto mismo implica introducir nuevas palabras que reelaboran el relato, al tiempo que abre la posibilidad para sondear en nuevas habladurías que a su vez harán nuevo el relato, pero con nuevas palabras, o por lo menos no dichas exactamente igual.

La literatura emerge así como un campo tensionado por un diálogo intergeocultural que construye y deconstruye incesantemente el relato de la pequeña historia, en este trabajo, de la historia nacional.

Seguramente esta tarea permanente de aprender y desaprender se da a través del de lo que Kusch llamó “entrancias geoculturales”, que circunscribimos aquí a la apropiación de los relatos, tomándolos de la exterioridad del espacio geocultural y que haciéndolos propios generan aperturas a las habladurías.

Asumimos, de modo provisorio, que una obra literaria puede convertirse en dicha “entrancia geocultural” y promover ese diálogo inter-geocultural que antes establecimos.

Desde esta perspectiva es que entendemos porqué el peronismo es uno de los elementos mediante los cuales se da la “entrancia geocultural” de la relaciones entre literatura y política, entre estética y política. Así también porqué es imposible que se repitan los términos que ese debate tuvo hace cuarenta o más años.

Es claro que la entrancia se da en un sujeto geocultural por lo que el modo de darse es novedoso, en tanto la geocultura no remite a esencias sino a un estar aquí. Y ese aquí, el espacio geocultural, ha sido marcado por la pequeña historia argentina. Buena parte de lo que se llama cultura argentina, específicamente aquí obras narrativas literarias acusan, todavía en la primera década del siglo XXI, una memoria del peronismo hendida por la dictadura, una democracia de partidos devaluada, la hiperinflación, el desempleo y la rotura de todo lazo amparo social y hasta el borde de la disolución estatal en 2001. Sin esas heridas el peronismo, y la literatura que recoge esos balbuceos, no pueden ser sino un museo visitado, transitado, pero carente de lo que Kusch llama “gran Historia”. Lo que estamos tratando de establecer entonces es que la discusión contemporánea sobre política y literatura se da a través de una serie de “entrancias” que provocan, a la vez que son provocadas. Y el peronismo es una notable “entrancia geocultural” de los últimos cincuenta años para debatir literatura, arte y política.

Reflexionar y crear una nueva retórica desde esa “entrancia geocultural”, importa discutir sobre el supuesto que el peronismo permite asumir: lo popular. Entonces la bisagra del debate entre política y literatura es la/s cultura/s popular/es. Sus modelizaciones en la literatura son los balbuceos de los que antes hablamos y lo que permite la actualización –la puesta en acto- de la “entrancia”.

### **“Una epopeya de la democracia”**

La “entrancia geocultural” se condensa, en el poema de Hernández en lo que, siguiendo a Kusch en *Anotaciones para una estética americana* (1955). es la modelización del espacio como geocultura, única forma de dar comprensión al sujeto colonial de lo tenebroso que está más allá de la colonialidad. En ese sentido es que se debe entender porqué Kusch rescata a Vizcacha antes que a Fierro, pues este es todavía un reclamo por la injusticia dentro de las coordenadas de la historia colonial. Aún predomina en el canto quejoso de Fierro la angustia por un pacto incumplido de dominio del espacio. El Viejo Vizcacha en cambio muestra la horrible estrategia de negar la moral, de negar el sistema de valores de la pedagogía colonial. Completa a Fierro y asume la primera palabra descolonial de nuestra literatura, la primera hediondez que niega aún el pedido de justicia. Vizcacha parece ejercer el cálculo y la conveniencia, pero en ese ejercicio descoyunta la escala de afirmaciones del individuo y apela a la anomia como la afirmación, en cambio, de lo negado por todos. Sólo así Fierro supera la angustia del sujeto colonial y podrá, luego del ejercicio de la negación de Vizcacha, cifrar casi herméticamente un proyecto político que podrá ser gestado por los sujetos populares a lo largo del siglo XX y a principios del presente. Así *Martín Fierro* será, en un sentido pleno, la epopeya de la democracia<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Cfr. TORRES ROGGERO, Jorge, “Acerca de las zonceras (Borges, Rojas, Perón, Marechal, Jauretche, Scalabrini Ortiz y otros)”, en *Confusa Patria*, Rosario, Fundación Ross, 2007.

Esta gestación es la que postulo que podemos leer en obras de la nueva narrativa argentina que toma todas esas marcas históricas como hilachas de sentido en la asunción de América. En 2009 Juan Diego Incardona publica en Mondadori su novela *El campito*. r. Una situación inicial de la narración muestra a unos pocos adolescentes que sin nada que hacer ven pasar un ciruja que, sin mucho preámbulo, les comienza a contar una historia de claras reminiscencias épicas. Por entregas, reproduciendo con toda intención la difusión oral de los textos –clara alusión para nosotros de la condición payadoresca del personaje de Hernández y la peculiar difusión popular del texto escrito- el vagabundo Carlitos relatará sus andanzas por La Matanza, convertida en un espacio maravilloso donde convivirán Erdosain y sus inventos realizados, los marechalianos excursionistas a Saavedra, las manos de Perón y Hugo Del Carril, todos habitantes de barrios secretos construidos por la CGT antes de 1955 por orden de Eva, y utilizados por diversas “ramas” peronistas para ocultarse y resistir a la oligarquía. En esos barrios viven los hijos de los huérfanos del Hospital de Lactantes, que por culpa de la contaminación son todos enanos y que en honor de Mercante todos llevan ese apellido. También las censistas de la fundación Eva Perón, las enfermeras y los médicos del Barrio Secreto Ramón Carrillo, los pilotos de los Objetos Voladores Justicialistas –todos Pulqui- y otros más. Todos sufrirán el ataque del ejército y de los médicos del Hospital Militar que han inventado “El Esperpento”, especie de Gólem con las manos de Perón que sólo puede ser derrotado por la voz de El Cantor, el epíteto con que se nombra a Hugo Del Carril. Esta serie de personajes lanzados a un guerra bufa, en realidad pone en juego el equilibrio de los “negros reprofundos”.

El campito, el fantástico territorio más allá de Villa Celina en La Matanza, se muestra como un agujero donde la pequeña historia es fagocitada y deja lugar a una superposición de espacios y sujetos que quiebran el orden temporal. Por un lado existen barrios que, aislados sorprendentemente de su entorno, tiene su propio calendario, de modo tal que cada uno vive en un mes distinto –cada mes hay un 17 de octubre, que, claro, es una fecha festiva-. Esta curiosidad pareciera sin mayor trascendencia en el relato, pero, al contrario, nos ubica ante la ruptura evidente de una convención propia del relato de occidente: la participación en un tiempo homogéneo.

Como señala Partha Chaterjee en su ensayo “La nación en tiempo heterogéneo” (2008), la modernidad nortatlántica se construye en la utopía de creer que los acontecimientos suceden en una línea de contemporaneidad. La novela realista al estilo de Honoré de Balzac, permite asumir que lo relatado sucede simultáneamente y que los personajes, interconectados entre sí, conviven, están y son en ese tiempo común. Por eso hablamos de un tiempo homogéneo para la contemporaneidad y su construcción más cuidada, la nación. Todos los habitantes de una nación están regidos por esa utopía de vivir al mismo tiempo, aplanándose así las diferencias geoculturales, la posibilidad de reconocer la coexistencia de distintos tiempos geoculturales. Chaterjee reflexiona sobre los parias, con su problemática específica en la construcción de una India independiente y moderna a fines de la década de 1940. La especificidad de la condición paria surge de la existencia de una temporalidad que nada tiene que ver con la que los ilustrados colaboradores de Gandhi y la administración británica pretenden acomodar al vasto subcontinente.

En la novela de Incardona la existencia de diversos calendarios sostiene la imposibilidad de relatar la historia desde una sola matriz o con una sola metodología. No es la oligarquía –como dice la novela- la única que maneja el tiempo: amplios y profundos sectores del Gran Buenos Aires se manejan con una temporalidad forjada al calor de la experiencia peronista, a tal punto que la historia institucional poco dice a esos pobladores,

sino los acontecimientos peronistas y los de la resistencia, en la medida que hayan participado en ella. Es obvio que esta multitemporalidad, donde ficción y realidad – recordemos que personajes de Arlt y Marechal son personajes a su vez de *El campito*- se entremezclan, se encuentra también en los receptores del relato de Carlitos el cirujano. Los habitantes de Villa Celina son los fervorosos escuchas y asumen como verosímil esta multitemporalidad. Esto estaba preanunciado en textos anteriores de Incardona y en la misma novela. Por ejemplo, la institución médica no existe en ningún momento, a pesar de las enfermedades que la pobreza y la desocupación disparan en ese barrio, y al contrario las curanderas son sujetos centrales en las remediaciones que consiguen esa sociedad. Este índice muestra cómo la modernidad debe convivir con otros tiempos –esto implica otros saberes y otras concepciones de sujeto y de cultura- resultando imposible la homogeneidad en este aspecto. La obturación del tiempo homogéneo es una impugnación del relato de poder que arma la historia y la nación y permite la emergencia de otros que no se han organizado aún en discursos extensos, sino que salen como balbucesos: son una suma de noticias sueltas o anécdotas inarticuladas las que permiten que las habladurías surjan en el trasfondo de la pequeña historia nacional, esa que habla del peronismo, de la resistencia y su persistencia como el simple relato de un partido político de masas aparentemente poco claro en su ideología. En cambio, la novela presenta la gran historia rompiendo el texto de la pequeña historia que si bien parece cobijar a la primera, no es otra cosa que uno más de los tiempos coexistentes. La historia del peronismo no será entonces una historia de un partido político, por más importante que sea, sino el relato heteróclito de la abundancia de la realidad de una “epopeya de la democracia”.

La dimensión de “negro reprofundo” del peronismo en la novela de Incardona se acentúa por el reconocimiento de la diversidad del sujeto. Lógicamente ligada a la idea de un tiempo heterogéneo, la diversidad de los sujetos es entendida en la novela en dos niveles. Primero como diversidad interna dentro de los tiempos heterogéneos. Si bien en la batalla contra el ejército, la oligarquía y el Esperpento, participan sobre todo aquellos quienes son hijos directos de los primeros gobiernos peronistas. todos diversos en sus “ramas” aunque unidos bajo el principio cohesionante del peronismo y su idea de “amor e igualdad”, en el momento decisivo de la batalla se les une una columna de jóvenes liderados por la comandante Esther –nombre de guerra de Norma Arrostito- que combaten, sin hesitación, junto a las mujeres y hombres hijos del “peronismo clásico”. Este nivel de diversidad, intrínseco al peronismo, magnificado por los enfrentamientos de principios de los 70, queda elidido en la novela mostrando una memoria que, desde los negros reprofundos de este espacio geocultural que es el Gran Buenos Aires, logra equilibrar los supuestos opuestos y el resultado es una experiencia de resistencia y liberación que galvaniza a los habitantes, sin matices resaltados desde fuera de ese espacio geocultural. Vale la pena remitirse nuevamente a la experiencia de recepción y difusión de *Martín Fierro*: al habitante rural del país, no sólo de la región bonaerense, le importó más la capacidad de red de sentidos geoculturales de la obra, que las supuestas contradicciones entre la Ida y la Vuelta. Para “ese lector”, que es del XIX como del XX o XXI, y sobre todo para sus repetidores/recreadores, importa más la historia rebelde y ética de Fierro y la negación Vizcacha, antes que una supuesta defeción pro oligárquica de Hernández.

El otro nivel se da en el señalamiento de la diversidad entre los habitantes de los barrios públicos y secretos del Gran Buenos Aires y los de Capital Federal:

“Nuestros camiones pasaron al frente y abrieron una brecha. En la boca del Puente formamos filas de nuevo. Alrededor, la gente no nos quitaba la vista de encima. Cardenal levantó el brazo, en silencio, haciendo la V. Sus seguidores respondieron, y también

hicieron la V. Los estandartes se levantaron. Entonces los transeúntes, al leer las distintas consignas, entendieron que éramos peronistas y muchos nos saludaron. Los policías, nerviosos, se comunicaban a través de equipos radiofónicos. Cardenal y Teresa dieron la orden y otra vez nos pusimos en movimiento.

Cruzamos el puente entramos a la General Paz. El tránsito estaba colapsado. Los automovilistas tocaban bocinas y gritaban, quejándose. A medida que salimos del acceso, bajamos de la avenida por el lado de la Provincia, para reagruparnos del Barrio Sarmiento. La gente del Camino Negro, asomada del otro lado del puente, nos seguía mirando, curiosa. Pronto, aquellas personas nos verían desaparecer entre los cañaverales, sin entender qué era lo que acababa de pasar, quizás preguntándose si había sido cierta aquella rara multitud surgida de repente, interrumpiendo sus vidas” (Incardona, 2009: 144)

La extensa cita pone en evidencia esa diversidad cifrada por la pertenencia a un espacio: del lado del Gran Buenos Aires hay sorpresa, pero del lado de Capital quejas, reproches y conmoción policial. El gesto peronista se hace en la frontera, en unos desconcierto, pero en el fondo aclara –los reconocen como peronistas-, y en otros provoca rechazo. La diversidad de sujetos se sostiene sobre la marca espacial. En todo caso ahí residen los completos términos antitéticos que no superan el negro reprofundo: entre estos dos espacios geoculturales se produce la única antítesis de la novela, la única oposición irreductible, la verdadera barrera que impide el equilibrio.

La nueva lengua que surge de los negros reprofundos de los espacios geoculturales es el cincel que labra un tiempo heterogéneo, una historia heterogénea que va tramando un saber emancipador. La cultura popular, “sus díceres y aparentes naderías”, su violencia y su desapego a las instituciones que el poder conforma, emerge como una reserva de sentidos abundantes que no se dicen en nuestro lenguaje. Esa abundancia de la realidad corre el riesgo de restringirse en nuestro discurso. Inodoro Pereyra cuando pide reflexión al malón, recibe como respuesta que si eso hiciera el malón se convertiría en una corriente de pensamiento. En cambio, asumir el malón como una reserva simbólica implica asumir geoculturalmente un saber no parametrado que Nuestra América produce y que no evita “estar ahí”. Esa condición no elíptica del saber geocultural es nuestra “entrancia” para poder actuar de lenguaraces de las habladorías del pueblo, única condición para alcanzar la plenitud de un discurso crítico en Nuestra América. Porque siguiendo a Ricardo Rojas, y también al chileno Francisco Bilbao, el pensamiento de esta América debe ser un saber jubiloso de “la epopeya de nuestra democracia”.

## **BIBLIOGRAFÍA**

CHATERJEE, Partha: *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, Siglo XXI-CLACSO, 2008.

DRAGHI LUCERO, Juan: *Las mil y una noches argentinas* (1940), Buenos Aires, Colihue, 2005.

INCARDONA, Juan Diego: *El campito*, Buenos Aires, Mondadori, 2009.

-----: *Rock Barrial*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2010.

KUSCH, Rodolfo: “Anotaciones para una estética de lo americano” (1955), *Obras completas*, Tomo IV, Rosario, Fundación Ross, 2007.

-----: *Esbozo de una antropología filosófica americana*, Buenos Aires, Castañeda, 1978.

MIGNOLO, Walter: “El pensamiento des-colonial, desprendimiento y apertura: un manifiesto”, en WALSH, Catherine, GARCÍA LINERA, A. y Walter MIGNOLO: *Interculturalidad, descolonización del estado y del conocimiento*, Buenos Aires, Ediciones del Signo and Globalization and the Humanities Project (Duke University), Buenos Aires, 2006.

TORRES ROGGERO, Jorge: *Elogio del pensamiento plebeyo. Geotextos: el pueblo como sujeto cultural en la literatura argentina*, Córdoba, Silabario, 2002.

-----: *Confusa patria*, Rosario, Fundación Ross, 2007.